

ella, y exclama lleno de dulzura: «Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres.»

«Y ¿quereis saber, continúa el mismo P. San Bernardo, cómo manifiesta el eterno Espóso su amor á la Santísima Virgen María? Pues examinad las doce prerogativas figuradas en las doce estrellas que ciñen su cabeza, segun la vision de San Juan en su Apocalipsis. Ella está esmaltada de todas las virtudes.

Ahora ved si podeis formaros una idea de la hermosura de María. Figuraos un alma en gracia, un pecador cuando acaba de recibir el don de su justificacion, y ya esta alma es más hermosa que todas las bellezas de la tierra. Pues figuraos más; el alma de uno de esos héroes de la religion, de un Luis Gonzaga, un Francisco Javier, un San Pablo; subid más, y figuraos la de un ángel, la de un querubin, la de un serafin, y más, mucho más es, amadas mías, la belleza de la Santísima Virgen. No hay en este mundo ni en el otro con quien pueda ser comparada, y así como Dios es la suma belleza esencial, así María es la suma belleza comunicada; es todo lo que Dios pudo dar á una criatura. ¡Ah! ¡qué dulces son estas ideas, y cuánto dilatan nuestro corazon! Y ¡cuánto debemos nosotros amar á esta tierna Madre! Aquí, amadas mías, quisiera poder detener el tiempo que se nos escapa ¡tanto es lo que quisiera deciros!

Debemos, pues, amar á la Santísima Virgen; lo primero por su hermosura, porque excede la de

todos los justos, porque excede la de todos los ángeles y serafines, porque arrebató el corazon de Dios sobre todas las criaturas, hasta el extremo de exclamar el que es la misma belleza: «qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres.»

Lo segundo, porque es nuestra Madre, y una Madre formada para nosotros, y por quien necesariamente ha de venir nuestra felicidad. ¡Cuánto se ama á una madre!... pues nuestras madres no nos han dado más que el sér material; María nos ha dado al autor de nuestro sér espiritual y de nuestra felicidad eterna, y tomó parte en nuestra redencion, dándonos á luz en el Calvario, dice San Bernardo: *Magno dolore parturiens.*

Lo tercero, porque es una Madre que ama de un modo especial á vuestro sexo, por su mayor devocion en las prácticas piadosas, devocion reconocida por la misma santa Iglesia.

Y lo cuarto, porque en vuestro mismo sexo ama especialmente á las que viven en la pureza, que se asocian como vosotras á una congregacion instituida á su nombre, y que se glorían de llamarse sus hijas.

Continuad, pues, dando repetidas pruebas de vuestra piedad y de vuestro filial amor á la Santísima Virgen María, bajo el título de la Inmaculada Concepcion, y no dudeis que, no sólo os protegerá en vida, sino que os preparará el camino de la gloria.—AMEN.

PLÁTICA A LAS HIJAS DE MARÍA

SOBRE

LA CONCEPCION DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

*Qui me invenerit, inveniet
vitam.*

Prov., cap. 8.º, v. 35.

CADA año que pasa experimento una nueva satisfaccion al ocupar en este dia esta sagrada cátedra. Vosotras sabeis los lazos que me unen á esta piadosa Asociacion, lazos sostenidos y estrechados por vuestra fiel correspondencia.

Pero habreis notado que siempre he procurado relacionar la predicacion del misterio con vuestra mision y vuestros deberes. Porque ¿qué os importaria admirar el inefable privilegio concedido por Dios á María si ignoráseis sus relaciones y su importancia en el siglo XIX? ¿Qué valor tendria, aun á vuestros mismos ojos, ese nombre mágico de Hijas de María, nombre que tanto os enorgullece, si desconocéis los

:

deberes que os impone tan preciosa filiacion? Pues esto mismo me propongo hoy, y hé aquí el orden.

Os he dicho en años anteriores, que la Iglesia nuestra Madre no creyó oportuno declarar el dogma de la Concepcion inmaculada de la Santísima Virgen María, dando así en ello una prueba más de su esquisita prudencia, hasta la mitad del siglo XIX, porque hasta entonces el estado del mundo no lo reclamaba. Pues vuestra Asociacion ha nacido en la segunda mitad del siglo XIX, y ha nacido del decreto dogmático de la Concepcion inmaculada de María. Luego si el estado del mundo en el siglo XIX revela la necesidad de la declaracion del dogma, tambien revelará vuestra mision y vuestros deberes.

En una palabra. ¿Sois verdaderas Hijas de María? Pues secundad los fines de la Iglesia. Y ¿cómo? Combatiendo los males que ella combate y con las mismas armas que ella los combate. El orgullo, la sensualidad, la impiedad; hé aquí los males que marcan á nuestro siglo; la humildad, la pureza, la piedad; hé aquí el remedio con que han de curarse.—**AVE MARÍA.**

Qui me invenerit, inveniet vitam.

Prov., cap. 8.º, v. 35.

Que la Santísima Virgen María fué concebida sin contraer la degradacion original, fué siempre la creencia de todos los católicos, está fuera de duda. Testimonio de esta verdad son todas las liturgias; las actas de todos los concilios; los estatutos de todas las corporaciones religiosas y la práctica de todos los pueblos. Esta verdad puede decirse que estaba encarnada en todos los corazones y, sin embargo, la Iglesia no ha creído conveniente declararla dogma de fé hasta nuestros dias.

Y ¿por qué así, señores? ¿Cómo la Iglesia, tan ilustrada del espíritu de Dios, y tan oportuna en sus determinaciones, se reservó hasta ahora la promulgacion de un decreto tan glorioso para la Santísima Virgen María, tan esperado y tan deseado de todos? Yo encuentro que la causa principal ha sido la especial relacion de este augusto misterio con las tendencias del siglo presente. Sí; la definicion dogmática de la inmaculada Concepcion de María en este siglo, es el medio más oportuno, acaso el único; el arma más poderosa para combatir los errores que le

caracterizan y el antídoto más eficaz para preservar, especialmente á las jóvenes, de su veneno, al mismo tiempo que la fuente fecunda para adquirir las virtudes necesarias en nuestros días.

¿Cuál, es, pues, el carácter especial de este siglo? Tres circunstancias ó caracteres le distinguen de los anteriores, á saber: el orgullo, la sensualidad y la falta de fé religiosa.

Y ¿cuáles son las virtudes más necesarias hoy en una joven, que ha de ser un día madre de familia é influir en la formación del corazón de sus hijos? Tres virtudes también, en contraposición de aquellos tres principios de males gravísimos, á saber: la humildad, la pureza y la piedad.

En nuestro siglo, en primer lugar, el orgullo ha llegado á su término. Ved ese desorden de los entendimientos, impacientes por saberlo todo; esa tarea desesperada de los pensamientos; esas oleadas de terror que suben y bajan como el flujo y reflujo del Océano. La razón inquieta y turbulenta invade todos los derechos; penetra en el santuario; quiere examinarlo todo, y se diviniza á sí misma. Se multiplican las prensas: los libros, llenos de errores absurdos, todo lo invaden; y por todas partes se repiten aquellas palabras arrogantes de Satanás: *non serviam*. Y ¿quién contendrá esta arrogancia del espíritu, quién le pondrá diques? María y sólo María en su Concepción inmaculada. La enseñanza de este dogma hará humillar al padre de la soberbia, y la idolatría del

corazón cederá su lugar á la sencillez y simplicidad de la verdad.

La joven cristiana necesita hoy más que nunca, para preservarse de este torrente de orgullo y de soberbia, y para preservar á los demás, fundamentarse en la virtud santa de la humildad. Y esta virtud la bebe, como en su propia fuente, en el misterio de la Concepción de María. No puede comprenderle siquiera, no puede ser devota, ni gloriarse de ser hija de María, sin grabar en su corazón aquellas magníficas palabras de la misma Señora: «Porque Dios vió en mí la humildad de la esclava, me llaman ahora bienaventurada todas las naciones:» *Quia respexit, etc.*

Nuestro siglo está marcado también con el carácter del sensualismo; los hombres de este tiempo viven sólo para lo material; el paganismo de las sensualidades, destruido por la Cruz de Jesucristo hace ya dos mil años, ha recobrado todo su imperio, y la generación actual va á sumergirse en una barbarie profunda é incurable. Démonos prisa á gozar, se nos dice, como aquellos insensatos de quienes habla el libro de la Sabiduría; coronémonos de rosas; no haya prado que no invada nuestra osada lujuria, porque mañana moriremos. Hé aquí el pecado original resucitado, reproducido, por decirlo así, en nuestras almas. Pues el dogma de la Concepción inmaculada de María es el antítesis de tan funesto error; es el faro que disipa tan densas tinie-

blas; es el ejemplo vivo y culminante del glorioso triunfo obtenido sobre la antigua serpiente, vencedora de la humanidad degenerada en Adán.

Para contrarrestar este segundo carácter de nuestro siglo, la joven cristiana necesita fortalecer su alma con la virtud de la honestidad; honestidad escrita en su frente, como señal de su filiación; honestidad en sus pensamientos; honestidad en sus palabras; honestidad en sus miradas, en su vestir, en sus ademanes, en todas sus obras, como verdadera hija de María, restauradora de la inocencia perdida en el paraíso, y para hacer frente al torrente de voluptuosidad, que corre por todas partes, y que todo lo arrastra hoy en pos de sí. Y esta virtud santa resplandece en la inmaculada Concepción de María, y es la primera consecuencia de la devoción á tan tierno como grato misterio.

Y últimamente, nuestro siglo está marcado también con el carácter de la impiedad y falta de creencias religiosas. Ved, sino, esas densas tinieblas que se han apoderado de las inteligencias; esas apostasias morales y dogmáticas; esa indiferencia religiosa, que no hubieran podido sospechar siquiera nuestros padres. Se han puesto en duda las verdades más veneradas antes, se han querido arrancar los antiguos diques y minar al cristianismo por su misma base. Pues María, y sólo María, por su Concepción inmaculada, pondrá fin á estos días de vergonzosa memoria, y arrojará hasta el fondo del

infierno esas soberbias legiones que se burlan de nuestra flaqueza.

¡Ah! ¡y cuán necesaria es hoy la piedad á una joven! ¡Cuán bien parece, cuánto edifica, cuánto destruye los planes del infierno y cuánto se hace apreciar la joven que frecuenta los Sacramentos y practica los actos de la religión! Sí, jóvenes que me escucháis; el mundo insensato podrá, acaso, motejaros y ridiculizar vuestros actos; pero ese mismo mundo os admira, os busca, os distingue y os prefiere á sus compañeras en el desorden. Pues esta piedad, este temor santo de Dios, esta práctica de todas las virtudes, resplandece en nuestra dulce Madre María por su Concepción inmaculada; á eso tiende la creencia y la devoción á tan soberano misterio.

Ved, pues, los bienes que os adquiere la devoción al misterio de la inmaculada Concepción de la Santísima Virgen; la humildad para oponeros al orgullo del siglo; pureza para hacer frente al torrente de voluptuosidad, que todo lo invade; piedad para confundir la indiferencia religiosa, que cunde por todas partes.

Y ¿qué medios deberemos adoptar para conseguir estas virtudes y para perseverar en ellas después de haberlas adquirido? Hélos aquí. En primer lugar, evitar las ocasiones del pecado; la reunión con otras personas que, en vez de edificaros, destruyan la buena semilla plantada en vuestros corazones; la

asistencia á espectáculos profanos, donde se ofenden el pudor y la moral; las malas lecturas, ¡ah! los malos libros, que tanto cunden hoy entre nosotros y, semejantes á una lava abrasadora, destruyen é inficionan cuanto tocan.

En segundo lugar, dedicaros á la oracion y familiarizaros con el uso de esa arma poderosa, vencedora de todos los enemigos. La oracion mental; la invocacion frecuente de nuestra dulcísima Madre; la visita mensual, señalada en los estatutos de la Asociacion; la asistencia á los ejercicios. En este punto hay mucha negligencia, y es preciso que desaparezca, haciéndoos una obligacion de no faltar jamás por motivos que dependan de vuestra voluntad.

Y en tercer lugar, la asistencia á los actos de religion, sin faltar á vuestros deberes respectivos, y la frecuencia de Sacramentos, confesando y comulgando, siquiera el dia que os corresponda la visita y en las festividades principales de Nuestra Señora.

Correspondiendo así á las gracias que os dispensa el Señor, haciéndoos dignas del amor de esa dulce Madre, entonces sí que podreis gloriaros del nombre de Hijas de María, porque vuestra filiacion será entonces prenda segura de la gloria.—AMEN.

SERMON

SOBRE

LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Nativitas tua, gaudium annuntiavit universo mundo.

Sta. Mat. Eccl., in off. huj. diei.

Hoy nos hemos congregado en este lugar santo para contemplar un acontecimiento tiernísimo, que si bien pasa desapercibido para el mundo carnal, como una escena oscura de familia, es, sin embargo, uno de aquellos misterios más grandes y de mayor interés de nuestra religion. Héle aquí.

Vivian tranquilos, llenos de virtudes, los santos esposos Joaquín y Ana en las montañas de Judea. Una sola cosa les aflige, que eran estériles, y ambos tocaban ya los límites de la ancianidad. Ambos pedían continuamente al Señor que apartase de ellos esta maldicion, porque como tal era considerada entre los judíos la esterilidad, ofreciéndole que le